

# La historia de Álex

JOANA BONET

LA VANGUARDIA, 15.07.07

Cuando Álex tenía catorce años y estudiaba cuarto de ESO empezó a mostrarse más nervioso de lo habitual. Crecían sus dificultades con los estudios, contestaba mal a sus padres y parecía aquejado por un terrible malestar. Una noche su madre entró en su cuarto y le preguntó qué le ocurría. "No te va a gustar lo que te diré, te enfadarás". Katy, ama de casa, respiró hondo y pensó lo típico: los amigos, las drogas... No. Su hijo le confesó que era gay. Desde hacía tres años sufría las burlas y el acoso de una gran parte del colegio. A Katy se le quedaron grabadas sus palabras: "Mamá, hace tres años que perdí mi nombre; no soy Álex, soy el marica". Ella le respondió que no estaba enfadada, sino contenta de que se lo hubiera contado. Durante días, junto a su marido, un empleado de La Caixa, leyeron todo lo que encontraron en las librerías y en internet. Nadie les había enseñado cómo educar a un adolescente de catorce años que tenía miedo a ir solo por la calle, al marica del colegio. Dicen que lloraban antes de ir a dormir, o mientras hacían gimnasia, y no de disgusto; era otro tipo de emoción.

En la Asociación de Padres y Madres de Gais y Lesbianas les explicaron que se trataba de un periodo de duelo, un proceso de adaptación en el que se rehacen las expectativas, reedificando el núcleo familiar y enfrentando el asunto sin minimizarlo. En Vilanova i la Geltrú, Esther Nolla me invita a tomar café en el hotel César, que regenta junto con su hermana Maite, una "casa de americanos" con palmeras centenarias y porche cosido de buganvillas. Junto a ella, un grupo de padres y madres de la asociación me cuentan que suman más de setenta familias que estudian, dialogan y crean redes. Llevan más de trece años existiendo, aunque durante los tres primeros nadie llamó al teléfono de la asociación. "Como si todos los gais fueran huérfanos", ironizan. Una pareja, cuyo hijo tiene 18 años y cena en casa con su novio, dice que les hubiera dado mucha pena no poder compartir la vida con él, y aseguran que su principal enemigo es el silencio. La homosexualidad, a pesar de la equiparación de las leyes, continúa estando desterrada al territorio privado, porque la mitad del

mundo sigue pintada de azul y la otra, de rosa. Los miembros de la asociación han mantenido varias charlas con comadronas. Y en las clases de preparación al parto, o de lactancia, las bromas más recurrentes entre los futuros padres tienen que ver con hacerse consuegros. "Todos ellos quieren perpetuar la heterosexualidad, no esperan a una persona, sino a un niño travieso o una niña tranquila". Puede que en alguna ocasión, y con total naturalidad, hayan contado un chiste de mariquitas - nunca de gitanos o moros- sin saber que su hijo se mordía la lengua: "Qué terror si se enteran en casa".

Álex dejó de estudiar. Perdió a su pandilla, y hoy aún se siente inseguro; tiene una gran necesidad de identificarse con un grupo. Quiere aprender cocina, pero sobre todo no quiere crecer con una herida abierta. A menudo oye una consideración cada vez más extendida: que hay maricones por todas partes y que el hombre hombre pierde poder, que pinta menos. Álex no lo entiende. La vieja hipocresía - ahora encolerizada ante la educación para la ciudadanía por su referencia a la homosexualidad- como telón de fondo. Su derecho a soñar, aplazado.